

La historia empieza la noche de las luces de colores. La temperatura se mantiene templada a pesar de lo avanzado de la hora; y la vida nocturna en el interior de la ciudad mediterránea, fiel por instinto a un pasado de milenios, construido con muy pocas certezas, transcurre envuelta en un halo de provisionalidad y decadencia, de partida inminente, que convierte la más sentida de las declaraciones de amor en una ligera y soluble manifestación de alegría, destinada a esfumarse con la primera luz y a no ser recordada más allá del placer que produjo en los amantes al pronunciarse. No hay restos en este ambiente de romanticismo, ni tampoco de fe; porque nada importa en el verano.

La gente ocupa las terrazas hasta la madrugada y pasea por las calles estrechas y húmedas del centro. Los más audaces, en un arranque de originalidad sin precedentes, se acercan hasta la orilla de la playa acompañados de sus seres queridos y se mojan los pies mirando al cielo despejado e intentando recordar el nombre de alguna estrella. El agua está caliente. Vale menos el sueño y se hace más virulenta la sensación de inmortalidad. Un ansia por permanecer despiertos se apodera repentinamente de los solitarios. De pronto todo desborda en Caivelan los valores intermedios: no hay pulsión, ni afecto, ni agonía que no logren el estremecimiento de quien las padece; salta a la vista que no solo los insectos abandonan su escondite con

el calor; y, aunque es posible que a más de uno esta introducción le parezca trivial, debo advertir desde el principio que no lo es en absoluto: se trata de la descripción del contexto perfecto para un crimen.

Caivelan, 16 de junio de 2010
Fragmento del *Informe sobre la víctima*

PRIMERA CONVERSACIÓN

—Exagera.

—¿Y si no?

—Exagera seguro, no tienes que preocuparte tanto. Buscaremos a alguien capaz de resistir y le cobraremos lo justo, no más de trescientos. Aunque no lo sepa nos estará ayudando y eso hay que compensarlo de alguna manera, no somos unos usureros... pero no llores más, mujer, por lo que más quieras, piensa en el hijo...

Están sentados el uno frente al otro, con la ciudad camuflada por los visillos que cubren el mirador, separados por el diámetro conocido de la mesa camilla todavía vestida con el faldón de invierno, a pesar de que ya han dejado atrás la primera quincena de mayo. El anciano aparta a un lado la vieja taza de porcelana, llena hasta la mitad de un líquido parduzco con aspecto de haberse quedado frío, y busca la mano de su mujer, que es como la suya: huesuda y pálida, con un tacto parecido al de las imágenes siempre en penumbra de las vírgenes en las iglesias.

Respira hondo.

—Lo sabes mejor que yo: no podemos permitirnos prescindir de ese ingreso.

—Ya lo sé... —reconoce ella haciendo pucheros como si fuera una niña; y su marido, aunque no se lo dice, desprecia

un poco esa debilidad senil que la acompaña ya desde hace cierto tiempo y que es para él el cristal de un espejo que le enseña un monstruo—. Es que siempre pensé que éramos gente buena y estropearlo a estas alturas me parece tan estúpido... porque si lo hacemos, Manuel, ten muy presente que ya no volveremos nunca más a ser buenos, ¡y nos vamos a morir muy pronto! ¡Iremos al infierno! —Deja escapar esta última afirmación con el tono agudo de las sierras y las guillotinas, de las tizas que se deslizan mal por las pizarras; el tono agudo del terror, del miedo de verdad, que se refleja en sus ojos acuosos, de un azul limpio, casi cristalino.

—¡Lucrecia! Eso no lo digas ni en broma: buenos hemos sido siempre y lo seguiremos siendo, pero ¿qué es lo que quieres? ¿Terminar en una de esas residencias de la beneficencia donde nos separarán y nos golpearán cuando nos quejemos demasiado? Acuérdate del reportaje que vimos el otro día en la televisión.

—Me acuerdo, pero no era una residencia, era un orfanato y estaba en China.

Manuel sonríe con ternura a su mujer, que todavía, cuarenta y tres años después del día de su matrimonio, es capaz de sorprenderlo con una memoria selectiva digna de un diagnosticado de autismo. Le suelta la mano e, inclinándose un poco sobre la superficie de la mesa, en lo que para él supone un gran esfuerzo, le acaricia el pelo, que aguanta sin una sola cana; el pelo de Lucrecia, de un rubio pajizo y desvaído, tal vez ahora algo más crispado, como la pasta dura, menos suave que en la época de su juventud, cuando él, en los cines y los callejones oscuros, solía acercar la nariz a la melena de ella antes de dar rienda suelta a un deseo joven y consentido, guiado por un extraño presentimiento de fugacidad.

Tal vez, se dice Manuel, prolongando el intervalo de amabilidad y silencio boicoteado apenas por el rumor de la calle en primavera, debería rematar la situación con un beso.

Pero no puede.

Porque el rostro de Lucrecia le repugna.

De hecho, una de sus preguntas más recurrentes, el motivo de innumerables conversaciones consigo mismo, es cómo se puede querer a alguien cuyo rostro nos recuerda a los pacientes que se hacían en las camas de Cuidados Paliativos. ¿Cómo se puede querer a alguien que nos recuerda eso?

Por unos segundos, los que se prolonga su reflexión, los ojos de Manuel se clavan con un fulgor extraordinario, asesino, en los párpados enrojecidos de Lucrecia, en sus cuencas desbocadas y mucosas; y ella se asusta.

—¿Qué te pasa? —pregunta abandonando de golpe el malhumor provocado por la reticencia.

Manuel sonrío y responde sin mentir:

—Es solo que te quiero mucho y no me gustaría que te ocurriera nada.

—A mí tampoco me gustaría que te ocurriera nada a ti. No quiero que te peguen.

—Confía en mí. Eso no pasará.

Y esa misma tarde redactan el anuncio.